

Homocidios en América del Sur: ¿son peligrosos los pobres?

PIERRE SALAMA *
MAMADOU CAMARA **

RESUMEN: En este artículo se estudia la evolución de la violencia en América del Sur. Para ello, se analiza y discute la influencia de las diferentes variables económicas sobre la tasa de homicidios mediante una prueba econométrica basada en datos de algunos países para los años 1995-2000. Muestra que este enfoque económico de la violencia puede ser útil pero también peligroso cuando lleva a políticas equivocadas de exclusión social. Además, variables como la rápida urbanización, un esfuerzo educativo insuficiente y la alta impunidad a menudo ligada a la corrupción juegan un papel importante en la generación de la violencia. Finalmente, recomienda cambiar la manera de concebir lo económico y sus relaciones con lo social recurriendo a la interacción de las ciencias económicas con otras ciencias sociales.

Introducción

La violencia es, *a priori*, difícil de medir. En efecto, aunque sea posible calcular parte de la violencia a partir de las estadísticas que publican las autoridades de policía o de justicia de diferentes países, es difícil valorar otra parte –de lejos, la menos marginal– porque las declaraciones dependen de la confianza que se tenga en la policía y en la justicia y, en general, ésta no es muy alta en América del Sur. Otro problema para cuantificar este fenómeno es la existencia de varios grados de violencia. Éstos, que van de los homicidios voluntarios a las infracciones en materia de droga pasando por infracciones sexuales, golpes y lesiones, robos a mano armada, estafas y falsificación de moneda, por ejemplo, dificultan la agregación de los hechos violentos. Para obviar esta dificultad, así como la que proviene de las diferencias de calificación o percepción de un mismo hecho, decidimos tener en cuenta únicamente los homicidios voluntarios.¹

* Pierre Salama, investigador egipcio nacionalizado francés, es uno de los intelectuales con mayor presencia en el debate internacional. Director de la revista *Tires-Monde* y del Grupo de Investigación sobre el Estado, la Internacionalización de Técnicas y el Desarrollo (GREIDT). Especialista en el estudio de América Latina y Asia. Economista, Cepn-Cnrs y Greitd, Universidad de París XIII. Dr. *Honoris Causa* por la Universidad de Guadalajara. Autor de múltiples ensayos y textos traducidos a diversos idiomas. En castellano cuenta, entre otros, con *La economía gangrenada, ensayo sobre la hiperinflación* (Siglo XXI, 2002); *Riqueza y Pobreza en América Latina* (FCE, 1999); *La dolarización* (Siglo XXI, 1998); *Neoliberalismo, pobreza y desigualdades en el Tercer Mundo* (Ed. Miño y Davila, 1996); y *Sobre el valor* (Era, 1978).

** Economista, Cepn-Cnrs y Greitd, Universidad de París XIII.

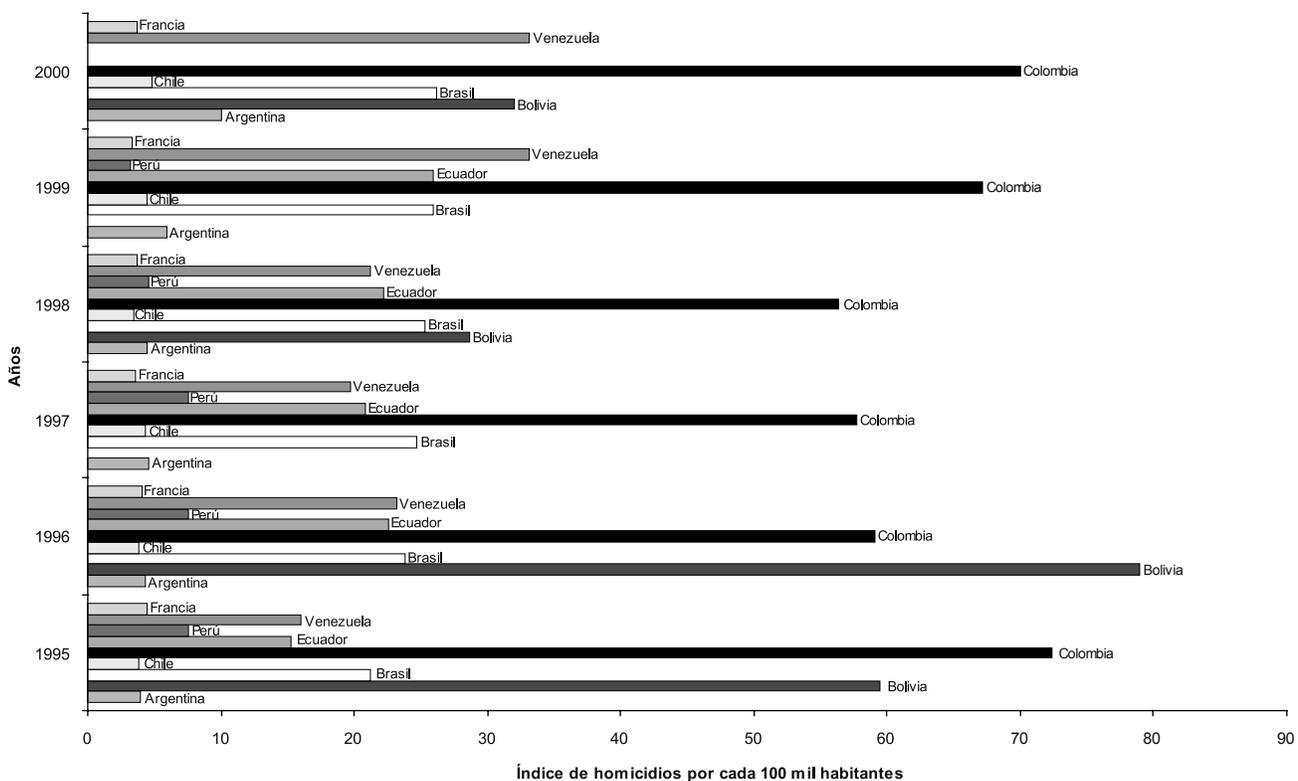
¹ En la clasificación internacional de mortalidad elaborada por la Organización Mundial de la Salud se considera homicidio voluntario a toda muerte provocada por la acción voluntaria de otra persona. Esta definición permite excluir las muertes causadas por accidentes, errores médicos, guerras civiles y suicidios. Existen márgenes de error, pero son bajos. Esta estadística es pertinente para medir la magnitud de la violencia en la medida en que corresponde al grado más extremo. Para otros tipos de violencia, las encuestas de victimización son más fiables que las declaraciones a la policía, pero por definición excluyen los homicidios

Para dar una idea de la magnitud de las tasas de homicidios en América del Sur tomamos como referencia las de Francia. Por regla general, las tasas de homicidios en América del Sur son mucho más elevadas que las que se observan en Francia. Caben tres observaciones: las tasas de homicidios difieren fuertemente según los países y todas tienden a crecer con excepción de Bolivia en el período 1995-2000. Son bastante diferentes: muy altas en Colombia y Bolivia, altas en Brasil, Venezuela y Ecuador, medias en Uruguay y Paraguay,² bajas en Chile, Perú y Argentina donde no son muy diferentes de las que se observan en Francia, al menos en 1995. La evolución de las tasas de homicidios es también diferente según los países: aumentan notablemente en Argentina y Venezuela, bajan considerablemente en Bolivia, y aumentan ligeramente en los demás países. Cuando cada país se toma por separado se observan

dos cosas: una heterogeneidad muy alta de las tasas en cada país según las ciudades o los barrios de las grandes ciudades;³ una fuerte caída de la tasa de homicidios en las grandes ciudades de Colombia desde 1993, pero un fuerte ascenso en las ciudades medianas.⁴

¿Los pobres son los principales responsables de esta situación? ¿Las políticas represivas pueden ser eficaces para reducir en forma significativa las tasas de homicidios o es necesario replantear los modos de desarrollo dominantes en estos países? Las respuestas de los economistas a estas preguntas son diversas. Este artículo repasa, primero, el estado de la cuestión. Luego analiza y discute la influencia de las diferentes variables económicas sobre la tasa de homicidios mediante una prueba econométrica basada en datos de algunos países de América del Sur para los años 1995-2000. Por último, muestra que pese a que la violencia

Gráfica 1
Evolución comparada de los índices de homicidio por cada 100 mil habitantes



² Para que la gráfica sea más legible no representamos estos dos países. Como recordatorio, señalamos que la tasa de homicidios pasó en Uruguay de 2.54 (por cada 100 mil habitantes) en 1995 a 6.67 en 2000. En Paraguay pasó de 16.08 a 11.57 entre 1995 y 2000.

³ Para Brasil, ver Chadarevian (2003).

⁴ Ver Levitt y Rubio (2000). No obstante, cabe señalar que pese al descenso de estas tasas en las grandes ciudades, siguen siendo muy superiores a los promedios nacionales, sobre todo en Medellín.

y su expansión suelen tener raíces de orden económico, es infructuoso limitar su explicación a un determinismo económico. El enfoque exclusivamente económico de la violencia ofrece ricas enseñanzas, pero es limitado y a veces engañoso. Y peligroso, porque los economistas y quienes deciden las políticas sienten gran tentación de atribuir la expansión de la violencia a causas económicas que convendría corregir (de allí la ayuda material a los pobres) o al resultado de una elección racional (de allí más represión). Ahora bien, la comprensión de la violencia está en la intersección de numerosas disciplinas. Algunos factores económicos son variables de tipo “proxy”: su efecto aparente sobre la magnitud de los homicidios obedece a sus consecuencias sobre factores de tipo sociológico y aun antropológico que afectan el grado de violencia. Mostraremos que, lejos de un determinismo económico exclusivo, la reducción de la violencia pasa ante todo por la cohesión social, y ésta exige otra manera de pensar la economía y los modos de inserción de estas economías en la economía-mundo.

Los trabajos econométricos: ¿la pobreza, la desigualdad y la debilidad de la represión son factores que expanden la violencia?

Con ayuda de pruebas econométricas, Fajnzylber, Lederman y Loaysa⁵ (2001; 2002) muestran que el ingreso per cápita puede no influir en el grado de violencia cuando la desigualdad no varía, y a la inversa, cuando la desigualdad aumenta y el ingreso per cápita crece poco, la pobreza tiende a aumentar, lo que explica el incremento de los homicidios. De modo algo brutal, se podría decir entonces que “la desigualdad de riquezas e ingresos incita a los pobres a dedicarse al crimen” (Barro, 2000, p. 7). Esta opinión tiene cierto eco en muchos universitarios y políticos que consideran a los pobres como la *nueva clase peligrosa*.⁶

No obstante, muchas otras pruebas econométricas rechazan la relación entre pobreza y violencia. El análisis del caso colombiano es muy instructivo: enorme pobreza, desigualdad, narcotráfico y tasas de homicidios muy altas. El estudio de Sarmiento (1999) muestra que no hay relación entre la pobreza y los homicidios. La variable explicativa pertinente sería el aumento de la desigualdad. Según Sánchez y Núñez (2001), que analizan el período 1991-1998 a partir de una muestra de 769 municipios, la pobreza tiene un ligero efecto sobre la tasa de homicidios (-0.02), pero el coeficiente no es significativo; las variables más importantes son las que están ligadas al narcotráfico y a la guerrilla, y a variables más directamente económicas, como la desigualdad del patrimonio y la ineficacia de la

lucha contra el narcotráfico. Según estos economistas, la relación entre pobreza y homicidios tendría la forma de una U invertida: la tasa de homicidios crece a medida que la pobreza aumenta, hasta cierto nivel de pobreza. Más allá, la tasa de homicidios disminuye cuando la pobreza sigue creciendo. Para otros autores como Peralva (2001, 8), “sea cual sea la importancia de las desigualdades sociales [...] no es posible ignorar que las tasas de delincuencia crecen allí donde las desigualdades disminuyen”, como en el caso de Brasil, país que se caracteriza a la vez por grandes desigualdades y alta violencia. Por último, Peralva observa que altos Índices de Desarrollo Humano regionales corresponden a altas tasas de criminalidad y viceversa.

La aparente falta de relación entre lo económico y la violencia es una idea que comparten muchos investigadores en ciencias sociales. En este sentido, se podría añadir que con el fin de las hiperinflaciones en Brasil (1994) el nivel de vida de los pobres aumentó más que el de las otras capas de la población durante los dos primeros años de estabilización relativa de los precios. Con el retorno del crecimiento, las desigualdades, la amplitud y la profundidad de la pobreza disminuyeron.⁷ Es cierto que esta evolución favorable a los pobres no fue duradera y los índices que miden la pobreza y las desigualdades tendieron a estabilizarse con ligeras fluctuaciones al alza y a la baja. Pero sea cual sea esta evolución, la tasa de homicidios siguió en ascenso: pasó de 40 a 70 por cada 100 mil desde finales de 1992 hasta finales de 1995 en la región metropolitana de Río, es decir, un nivel cercano al de algunas ciudades colombianas, y en São Paulo pasó de 43 a 52 por cada 100 mil en el mismo período (Viegas y de Barros, 2000, p. 387).

La tasa de homicidios a veces cambia bruscamente, de un estado de relativo equilibrio a otro, lo que indica la existencia de equilibrios múltiples en el tiempo. En Colombia, la violencia aumentó fuerte y súbitamente en los años 80 para luego disminuir de manera significativa en las grandes ciudades. Según Gaviria y Vélez (2001),

⁵La muestra examinada en el estudio de Fajnzylber, Lederman y Loaysa (2001; 2002) incluye también a los países del África Subsahariana, el Sudeste Asiático, Europa del Este, así como a los de América Latina y la OCDE en el período 1970-1994. Pese a la importancia de los vínculos obtenidos entre la violencia y los factores económicos, se puede pensar que la heterogeneidad de la muestra, sobre todo desde el punto de vista de las características culturales de cada país, reduce la pertinencia de los resultados, tanto más cuanto que los autores no introducen efectos fijos.

⁶El mejoramiento del nivel de vida de los pobres (“programa de hambre cero”) en Brasil, según el responsable de este programa, debería disminuir la peligrosidad de los pobres provenientes del nordeste que viven en las grandes ciudades del sur y del centro, como São Paulo..., punto de vista que, por cierto, fue enseguida rechazado por otros miembros del gobierno de Lula.

⁷Medida por la distancia del ingreso de los pobres a la línea de pobreza.

la explicación del paso de un equilibrio a otro superior provendría de la baja y decreciente probabilidad de ser arrestado y castigado. La expansión del narcotráfico sería la principal causa del paso de un equilibrio a otro porque la insuficiencia de recursos públicos destinados a la represión no permitía adelantar investigaciones por cada homicidio cometido y, cuando las investigaciones terminaban el insuficiente número de jueces llevaba a la congestión de los tribunales. Investigaciones cada vez más escasas, falta de medios suficientes y congestión de los tribunales provocan una disminución de la probabilidad de ser arrestado y castigado. La probabilidad de ser acusado por homicidio pasó de 48% en 1980 a 40% en 1981, se eleva ligeramente en 1983, 46%, y luego cae: 38% en 1986 y entre 16 y 17% en 1992 (ibíd.). La disminución de la probabilidad actúa como “detonante”⁸ y permite entender el paso de un grado

⁸ Se identifica aquí un razonamiento de tipo beckeriano basado en un arbitraje entre el interés del crimen cometido y el costo que podría implicar, medido por la probabilidad de ser castigado, que combinado con la idea de un choque externo (en este caso la expansión del narcotráfico) explica el paso de un equilibrio a otro.

⁹ La referencia a la cultura no es muy frecuente entre los economistas. La cultura es a menudo “recuperada” cuando se busca encerrar lo no económico en lo económico mediante esta hipótesis particular de la racionalidad de los agentes, pero entonces pierde su poder explicativo: al recuperarla, en cierto modo se la esteriliza. No obstante, la cultura está a veces presente entre los economistas que hacen referencia a las normas aceptadas y rechazadas. En el caso de neoinstitucionalistas como North, por ejemplo, la violencia creciente se podría interpretar como la manifestación de la imposibilidad con que tropiezan los actores para establecer acuerdos en el marco institucional existente en un momento dado. La violencia se tornaría en cierto modo legítima para resolver los conflictos y alcanzar los propósitos de enriquecimiento. Esta legitimidad explicaría el efecto de contagio observado.

¹⁰ Matizando, la tasa de homicidios bajó en las grandes ciudades (en 1991 en Medellín, 1994 en Bogotá y 1993 en Cali) algunos años antes del aumento de la tasa de capturas. La ejecución paralela de gastos públicos destinados a seguridad, defensa y justicia, y la evolución de la tasa de homicidios muestra que hay una fuerte caída en la primera mitad de los años 70, del orden de la mitad del porcentaje del PIB (4% a 2% del PIB), sin que en esta época haya habido un crecimiento importante de la violencia (Posada y González, 2001, 134). Aumenta sensiblemente en la segunda mitad de los años 80, período caracterizado por la “bonanza” de la cocaína y de estabilidad relativa de los gastos en seguridad, en una cifra 50% mayor que la de los años 1975-1983. También es cierto que el aumento de la participación de estos gastos a partir de 1992 (en 1989 llegó a cerca de 4.6% del PIB) es paralelo a la caída de la tasa de homicidios en las grandes ciudades.

¹¹ Respectivamente: [www.odccp.org, www.interpol.int, www.conjunturacriminal.com.br]

¹² Como ya señalamos, estos dos indicadores nos parecen más pertinentes que el coeficiente de Gini. Por otra parte, 40% de la población más pobre indica más o menos la magnitud de la pobreza, pero aquí se trata sobre todo de un indicador de distribución del ingreso.

¹³ Recordamos que el Índice de Desarrollo Humano está compuesto por cuatro elementos: la esperanza de vida al nacer, la alfabetización de los adultos, la tasa bruta de escolarización combinada y el PIB per cápita de paridad del poder de compra.

de violencia a otro más alto. Según este enfoque, la alta impunidad lleva al aumento de la tasa de homicidios. Por esto, esos autores dicen: “los narcotraficantes cumplieron papeles diferentes en el surgimiento de la violencia en Colombia. Por una parte, generaron violencia *directamente* por medio de sus actividades; por otra parte, generaron violencia *indirectamente* por medio de externalidades criminales: congestión del sistema judicial, transferencia de conocimientos criminales (aprendizaje), aumento de la disponibilidad de las armas y creación de una *cultura*⁹ de búsqueda de dinero fácil y resolución violenta de los conflictos” (ibíd., pp. 179 y 180). Al contrario, después de haber bajado considerablemente desde finales de los años 70, el ascenso de las “tasas de capturas” por homicidio en las grandes ciudades a partir de 1996 aumenta la probabilidad de ser capturado y castigado, y lleva a una reducción de la tasa de criminalidad (Sánchez y Núñez, 2001, p. 317).¹⁰

Reexaminemos ahora estos temas con la ayuda de pruebas econométricas.

El análisis económico de las causas de la violencia es fructífero

El procedimiento econométrico

Consideramos una muestra de países de la misma zona, América del Sur. La muestra está compuesta por diez países: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Ecuador, Perú, Paraguay, Uruguay y Venezuela. La variable explicada es el logaritmo de la tasa de homicidios (por cada 100 mil habitantes) calculado con datos de varias fuentes, en particular de la oficina de Naciones Unidas para el crimen y la droga, la organización internacional de policía, la base de datos de mortalidad de la Organización Mundial de la Salud y el Centro Brasileño de coyuntura del crimen.¹¹ Las pruebas efectuadas cubren el período 1995-2000, que corresponde al final de las hiperinflaciones y al retorno del crecimiento económico en América del Sur.

Seleccionamos ocho variables económicas que pueden explicar la evolución (pero no el nivel) de la violencia en América del Sur durante el período reciente. 1) La eficacia del sistema de represión del crimen (EFFSR). Este indicador expresa el porcentaje de casos de homicidios resueltos con respecto al número total de homicidios, y fue calculado a partir de las mismas fuentes que el índice de homicidios. 2) La participación de 40% del sector más pobre en el ingreso disponible (PPRN) y del 10% más rico en el ingreso nacional (PRRN). Estos indicadores fueron tomados de distintas publicaciones de la Cepal y de la CNUCED.¹² 3) El Índice de Desarrollo Humano (IDH)¹³ fue tomado de los informes anuales del PNUD. 4) El logaritmo del PIB por habitante (PIBH), la tasa de crecimiento anual del

PIB (CROISS), la tasa de urbanización (URBA) y el índice de escolaridad del nivel de secundaria (SCOLSEC) provienen de la base de datos del Banco Mundial y de la CEPAL.¹⁴

Nuestro procedimiento econométrico tiene dos etapas:

1. En la primera, elaboramos una matriz de correlaciones. El interés de esta matriz es triple. En primer lugar, permite identificar las variables estrechamente correlacionadas, como pueden ser, naturalmente, SCOLSEC e IDH o PIBH y URBA. En segundo lugar, permite identificar el carácter de los vínculos (positivo o negativo) entre el logaritmo de la tasa de homicidios y las distintas variables explicativas. Por último, la matriz de correlación completa, que integrando las variables *dummy* o efectos fijos introducidos para cada país,¹⁵ permite ubicar en cada serie la posición estadística del país con respecto a la media. Gracias a esta ubicación establecemos los diferentes grupos de países cuyas particularidades se deben tener en cuenta para dar un alcance más general a los resultados obtenidos en las regresiones.

2. La segunda etapa consiste en probar un modelo explicativo de la violencia mediante una serie de regresiones econométricas. En esta etapa se intenta estimar las elasticidades entre el logaritmo de la tasa de homicidios y las diferentes variables explicativas consideradas en forma simultánea, primero en un modelo general, luego en tres modelos con efectos fijos, para identificar aquellos de los ocho factores que explican *aparentemente* mejor la evolución de los homicidios. La técnica que se emplea es la de mínimos cuadrados ordinarios con datos de panel.

Las enseñanzas de la matriz de correlaciones

Conforme a la lógica de nuestro procedimiento, partimos del siguiente subconjunto de la matriz de correlaciones para examinar los mecanismos económicos que pueden respaldar una relación entre el logaritmo de la tasa de homicidios y las diferentes variables.

Todas las correlaciones, tomadas de dos en dos (variable explicada y variable explicativa), tienen el signo esperado, excepto CROISS y PPRN. Para facilitar la exposición, clasificamos los valores obtenidos en tres niveles: bajo (hasta 0.15), medio (hasta 0.30) y alto (más de 0.30).

Los coeficientes de correlación bajos son la “velocidad” del crecimiento (CROISS),¹⁶ la eficacia del sistema represivo

(EFFSR), la participación del 10% más rico (PPRN) y el crecimiento del PIB per cápita (logPIBH). El primer factor (cuyo valor es muy bajo) no tiene el signo esperado pues el crecimiento va acompañado de un ligero aumento de la tasa de homicidios. Esta paradoja quizá obedezca al tipo de crecimiento vigente en los años 90. En efecto, el crecimiento afecta a otros factores que parecen determinar la violencia, sobre todo cuando está acompañado de un aumento de las desigualdades, pues es particularmente volátil y avaro en la creación de empleos formales pero pródigo en empleos informales (Salama, 2002; Camara, 2001). La relación entre la participación del 40% más pobre y la violencia, positiva aunque poco elevada (0.11), es también sorprendente. La interpretación de esta correlación positiva descansa quizá en la constatación de que el primero e incluso el segundo decil, excluidos del crecimiento por estar ubicados en empleos informales de estricta supervivencia debido a su escasa cualificación, ven declinar relativamente su participación, en favor del cuarto decil por ejemplo. Esta hipótesis parece ser corroborada por las tasas de criminalidad, más altas entre los pobres que en el conjunto de la población. Por último, el aumento de la eficacia del sistema represivo actúa, como vimos, sobre el índice de homicidios pero débilmente, lo mismo que el aumento del PIB per cápita. En este último caso, la baja correlación se explica por la evolución concomitante de la desigualdad en la distribución del ingreso. El modo de crecimiento de los años 90 es, en efecto, muy volátil y los primeros años de recuperación económica están acompañados de un efecto de histéresis debido al mantenimiento de desigualdades acentuadas por el desarrollo de la crisis.¹⁷

¹⁴ Habríamos podido añadir otras variables de tipo micro, a riesgo de recargar la prueba, como el número de años de llegada a la ciudad, la tasa de divorcios, el tamaño de la familia, etc. (Gaviria y Pages, 1999). Si estuviésemos interesados en analizar los motivos de las acciones de los criminales, habría sido pertinente tomar en cuenta la frecuencia de los actos delictivos si la eficacia de la represión fuera suficientemente importante para que la muestra fuera relevante, lo que está lejos de ser el caso (ver Viegas, *et. al.*, 2000).

¹⁵ La variable toma el valor de 1 para este país y de 0 para los demás. Este efecto busca captar todo lo que el modelo especificado no tiene en cuenta para explicar mejor el fenómeno que se ha elegido estudiar.

¹⁶ Recordemos que probamos la variación de la tasa de crecimiento, de ahí esta expresión.

¹⁷ Este fenómeno de histéresis obedece esencialmente a la acentuación de la desigualdad durante la crisis, crisis cuyos efectos son varias veces mayores que en los países desarrollados a causa de la baja protección social de la mayor parte de la población. Los servicios públicos, en particular la educación y la salud, sufren reducciones del gasto que se adoptan para recobrar el equilibrio presupuestal. La duración media de la escolaridad baja y su calidad disminuye. Los niños pobres van menos a la escuela y trabajan más. La búsqueda de actividades de sobrevivencia de corta duración que la crisis torna necesaria, la menor calidad y duración de la escolaridad, la reducción de la protección sanitaria y la nutrición aún más insuficiente disminuyen, en algunos casos de manera irreversible, las capacidades de salir de la pobreza una vez llega la recuperación económica (Salama, 2002).

Cuadro 1
Coefficientes de correlación entre el logaritmo de la tasa de homicidios y distintas variables

CROISS	EFFSR	PPRN	PRRN	IDH	logPIBH	URBA	SCOLSEC
0.005	-0.09	0.11	0.17	-0.16	-0.08	0.17	-0.41